Reinsertarse al mundo laboral,

el reto de los desmovilizados para mantenerse en la legalidad

Por Ángela María Mejía Cano

Trabajo de grado de
Ángela María Mejía Cano

Universidad del Rosario
Escuela de Ciencias Humanas
Periodismo y Opinión Pública

Tutor
José Navia Lame

Coordinador
Sandra Ruiz

Decano
Stephanie Lavaux

Diseño
Martha Ayde Arias Ortiz

2013

A mis padres, Hernán y María Eugenia,
familia y amigos por su apoyo para sacar
adelante este proyecto.

Reinsertarse al mundo laboral,

el reto de los desmovilizados para mantenerse en la legalidad

¿QUÉ PASA CUANDO UNA PERSONA QUE DURANTE años ha vivido en medio de la selva, el terror de las armas y la violencia de una guerra sin aparente fin, decide regresar a la vida civil? ¿Cuál es el panorama al que se enfrenta un desmovilizado que vuelve a la vida civil sin saber leer ni escribir? Esta es la lucha de hombres y mujeres que deciden darse una segunda oportunidad para vivir en la legalidad. Y el precio de esto es, en muchas ocasiones, ser rechazados. Ingresar al mundo laboral es un desafío para los reinsertados, las organizaciones que los reciben en la ciudad y especialmente para los pocos empresarios que se atreven a abrir las puertas de sus compañías a personas que participaron en la guerra.

Mediante el seguimiento a varias historias, este relato se aproxima al camino que recorren quienes abandonaron un grupo guerrillero por decisión individual y quienes dejan las armas producto de los acuerdos a los que sus jefes paramilitares con miembros del Gobierno Nacional. Además, mostrará cómo se relacionan los excombatientes con sus antiguos enemigos y con su nueva vida.

Salir de la selva

A las 5:00 de la mañana, Elmer y sus compañeros, desmovilizados de un grupo paramilitar, se protegían del frío bogotano mientras bajaban del helicóptero que los traía de vuelta a la vida civil, desde Florencia, Caquetá, luego de abandonar las armas gracias a un acuerdo firmado por los jefes de esa organización con el Gobierno del entonces presidente Álvaro Uribe Vélez.

Era la primera vez que Elmer estaba en la capital colombiana. Él es oriundo de Valledupar, pero no podía regresar a esa región porque sentía que su vida corría peligro. En Bogotá, además, lo esperaba su novia, una coterránea suya quien luego se convirtió en la madre de su segundo hijo.

El primer día, Elmer deambuló de casa en casa buscando un lugar para alojarse. Su novia no pudo recibirlo porque vivía en un cuarto con su hermana y su cuñado, quienes no le permitieron quedarse allí. Acudió entonces a una hermana, quien vivía en arriendo en una habitación en el sur de la ciudad. Esta vez fue la dueña de la casa quien no quiso tener 'gente extraña' en su morada.

Sin conocer la ciudad, debía seguir buscando un lugar para pasar la noche. Llamó entonces a otro de sus hermanos, quien finalmente aceptó alojarlo en su casa en Suba. Mientras se dirigía hacia allá, vio de lejos que una patrulla de la Policía cruzaba la calle. "Van a cogerme, me van a llevar", eran los pensamientos que en aquel momento tenía el desmovilizado.

"Pa' qué, pero le tenía miedo a la Policía", relata Elmer, mientras confiesa que durante sus primeros días en la vida civil no salía a la calle porque le tenía miedo a las personas y a la fuerza pública. Dice que no estaba listo para desmovilizarse, pero el acuerdo al que habían llegado sus jefes con el Gobierno Nacional lo dejó en la fría capital colombiana, lejos de las selvas que recorrió por siete años.

"Yo no me quería acoger (al acuerdo) porque no quería empañar mi hoja de vida, pero el problema era salir de allá por mi cuenta. Si a uno no lo mata la guerrilla, lo coge el Ejército", cuenta Elmer.

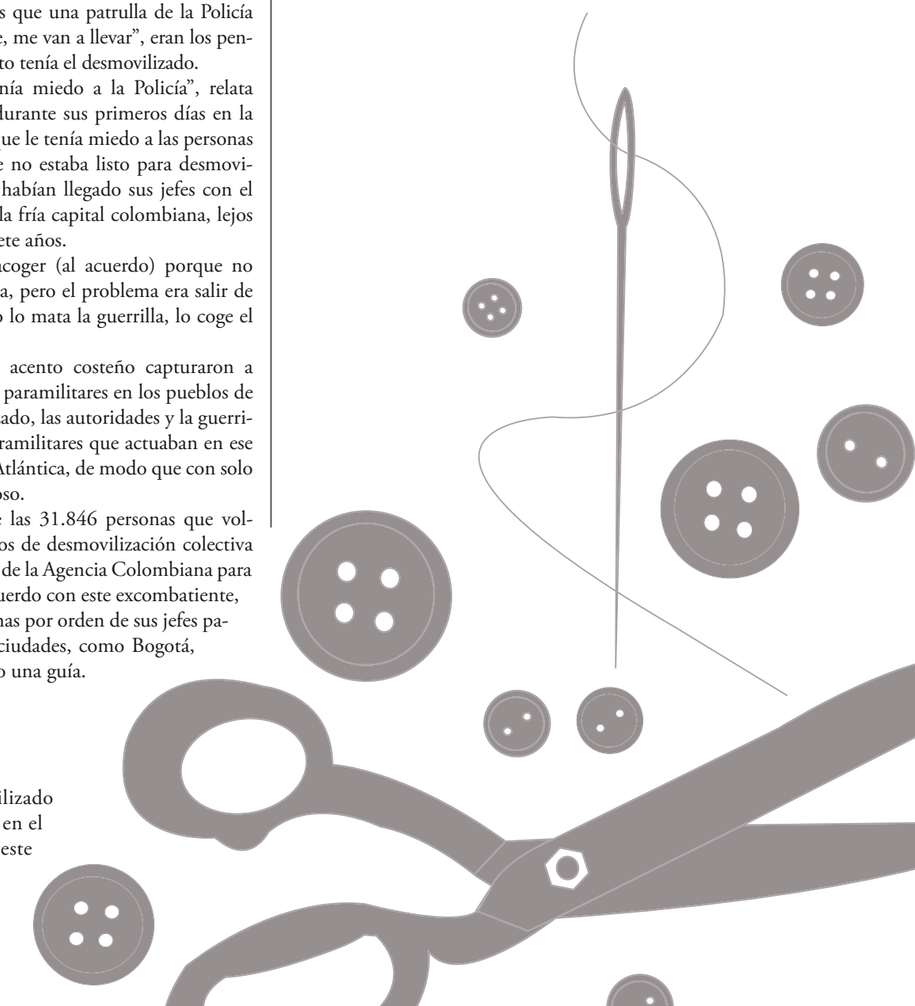
Dice que debido al acento costeño capturaron a más de uno de sus compañeros paramilitares en los pueblos de Caquetá. Según este desmovilizado, las autoridades y la guerrilla sabían que casi todos los paramilitares que actuaban en ese departamento eran de la costa Atlántica, de modo que con solo abrir la boca resultaba sospechoso.

Elmer hace parte de las 31.846 personas que volvieron a la vida civil en procesos de desmovilización colectiva entre 2003 y 2011, según cifras de la Agencia Colombiana para la Reintegración (ACR). De acuerdo con este excombatiente, las personas que dejaron las armas por orden de sus jefes paramilitares llegaron a grandes ciudades, como Bogotá, sin tener un acompañamiento o una guía.

El sastre de las Farc

Álvaro Pérez es un desmovilizado de las Farc que dejó las armas en el 2006. A diferencia de Elmer, este excombatiente tuvo garantizado el techo y la comida durante los primeros meses que estuvo de regreso a la vida civil, pues este es un beneficio que tienen quienes se desmovilizan individualmente. Durante los 10 años que militó en este grupo armado se dedicó a la confección de los uniformes para los guerrilleros.

Este reinsertado llegó, desde la primera noche, a Hogares de Paz, también conocidos como albergues. En estos lugares, que son administrados por el Ministerio de Defensa, permanecen durante los primeros meses aquellos desmovilizados que dejan las armas de manera individual. Quienes llegan allí, como Álvaro, no pueden salir hasta que el Gobierno, a través



del Comité Operativo de Dejación de Armas (Coda), compruebe que efectivamente militaron en un grupo armado ilegal y les otorgue un documento que los certifica como desmovilizados.

Antes de desmovilizarse, Álvaro fue capturado en Planadas, Tolima, cuando transportaba uniformes. Pero a los 15 días estuvo de nuevo en las calles, pues los cargos que le levantaron las autoridades no eran suficientes para privarlo de la libertad por más tiempo.

Este hecho levantó las sospechas de los líderes guerrilleros. Como Álvaro vio que el peligro lo acechaba, pues sabía de primera mano que en la guerrilla los 'soplones' pagan con su vida, decidió refugiarse en Bogotá. Allí se encontró con un antiguo jefe guerrillero que se había acogido a la ley 975 de 2005 o Ley de Justicia y Paz. Su exjefe le recomendó que se presentara al programa para desmovilizados y le aseguró que esa era su mejor opción.

La Ley de Justicia y Paz, a la que se acogió este jefe guerrillero, es una norma que contempla beneficios jurídicos para desmovilizados que hayan cometido delitos de lesa humanidad y, por lo tanto, no pueden acceder a los beneficio de la Agencia Colombiana para la Reintegración (ACR).

Como Álvaro no cometió delitos de lesa humanidad, debía acogerse a otra ley: la 782 de 2002 que le permitía conservar su libertad e ingresar a la ACR.

"Yo no creía en eso, yo pensé que era una farsa, una mentira", recuerda el sastre guerrillero al referirse al proceso de desmovilización de la ACR. A pesar de su desconfianza, Álvaro no tuvo otra alternativa y se acogió al programa de desarme y reinserción. Y a partir de ese momento fue conocido en los medios de comunicación como 'El sastre de las Farc'.

En su caso, la capital colombiana no era una ciudad tan desconocida, porque para confeccionar los uniformes de la guerrilla debía viajar constantemente a ciudades grandes, como Bogotá, para adquirir las telas y los insumos.

Además, en el albergue o 'Hogar de Paz', le proporcionaron por dos meses alimentación, vestido y utensilios de aseo. Pero Álvaro pidió algo más, una máquina de coser con la que rápidamente se convirtió en el maestro de sus compañeros. Les enseñó a confeccionar ropa y así surgieron las primeras ideas para crear una empresa cuando estuviera fuera del albergue.

Formación técnica para desmovilizados

Luego de obtener el certificado del Coda que lo acreditaba como desmovilizado, Álvaro salió del Hogar de Paz. Este es un beneficio para aquellos a los que se les comprueba que no cometieron delitos de lesa humanidad, pues de lo contrario, el excombatiente es trasladado del albergue a una prisión. A partir de entonces, Álvaro ingresó al programa que lidera la ACR.

Mientras tanto, Elmer, el desmovilizado de los paramilitares, obtuvo el certificado del Coda a los pocos días de estar en Bogotá. Luego de haber dado una versión ante las autoridades sobre los hechos en los que participó mientras estuvo en las Auc, este excombatiente fue certificado como desmovilizado y tuvo la posibilidad de ingresar al programa de la ACR.

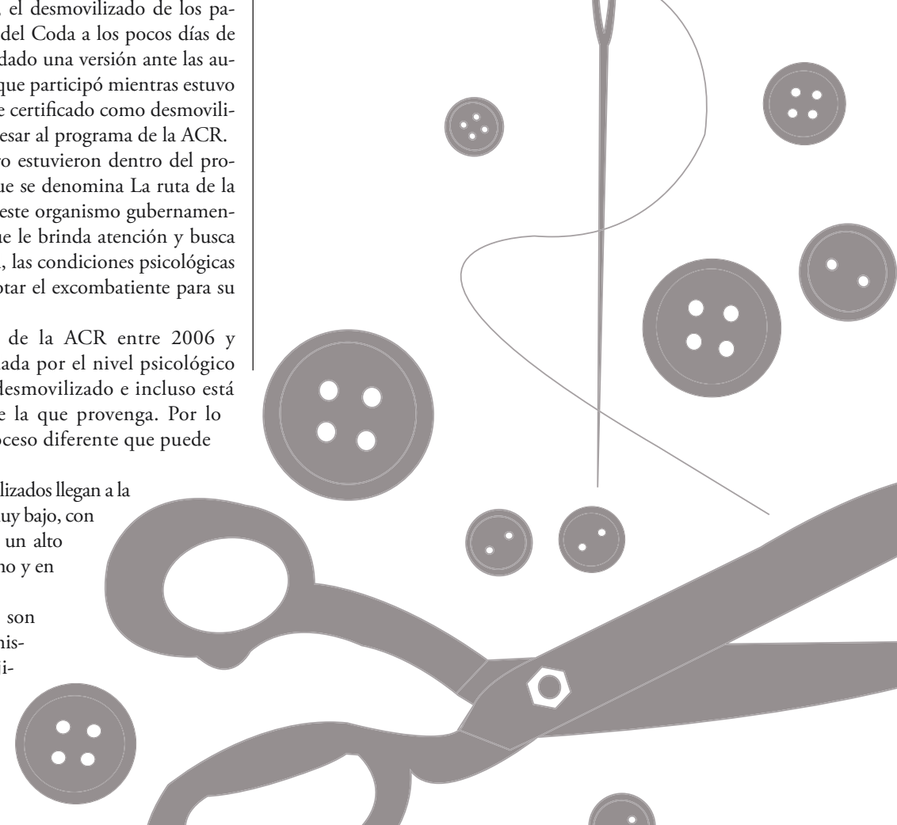
Cuando Elmer y Álvaro estuvieron dentro del programa de la ACR, iniciaron lo que se denomina La ruta de la reintegración. Este plan, lo traza este organismo gubernamental para cada desmovilizado al que le brinda atención y busca determinar el nivel de escolaridad, las condiciones psicológicas y las habilidades que puede explotar el excombatiente para su ingreso al mercado laboral.

Frank Pearl, director de la ACR entre 2006 y 2010, explicó que esta ruta es dada por el nivel psicológico y educativo en el que llegue el desmovilizado e incluso está determinada según la región de la que provenga. Por lo tanto, cada persona tiene un proceso diferente que puede durar entre cinco y siete años.

Según Pearl, los desmovilizados llegan a la vida civil con un nivel académico muy bajo, con débiles relaciones familiares y con un alto nivel de desconfianza en el Gobierno y en la sociedad en general.

"Infortunadamente son personas muy inseguras de sí mismos, con una autoestima muy baja porque han hecho daño", comenta Pearl, quien asegura que cerca del 39 por ciento de los desmovilizados que ingresaron al programa mientras estuvo al frente de la ACR eran analfabetas.

Elmer y Álvaro, al igual que para todos los desmovilizados que están en el primer nivel de la ruta de reintegración, deben validar la primaria y asistier una vez por semana a un curso psicosocial. Estos son talleres que dirigen psicólogos y trabajadores sociales a exmilitantes de grupos armados ilegales. El programa les asigna a los desmovilizados una ayuda económica mensual de 510 mil pesos, que se pagan cuando el excombatiente demuestra que asistió a más del 75 por ciento de estos dos cursos.



Hasta que Álvaro no completó sus cursos de primaria, no pudo empezar con las capacitaciones sobre costura que ofrecía la ACR, porque si los desmovilizados no finalizan la formación básica, no pueden acceder a los cursos de formación técnica o tecnológica.

A pesar de que desde los 17 años manejaba una máquina de coser, el sastre exguerrillero sentía curiosidad por los cursos de confección que el programa de la ACR le ofrecía. Además, tenía en mente la idea de crear su propia empresa, por lo que decidió que necesitaba acreditarse. Empezó a validar el bachillerato y se inscribió a un curso de confección en el Servicio Nacional de Aprendizaje (Sena).

"Todo eso de que 'dibuje una máquina', que no sé qué, yo ya sabía todo eso. Yo sabía cambiar el gancho, cuadrar el recorrido y armarla, pero lo hice para obtener un cartón", explica Álvaro y relata, entre risas, que cuando sus maestros salían del salón de clase, sus 33 compañeros lo llamaban 'el profe'.

A pesar de que su primer curso no fue muy enriquecedor, se animó a inscribirse al segundo. Esta vez en la Escuela de Diseño y Mercadeo Arturo Tejada Cano. Para Álvaro, quien llevaba una década cosiendo uniformes camuflados, aprender sobre las tendencias de la moda fue todo un descubrimiento: "Eso era nuevo, porque venir uno del campo a saber qué está de moda, pues eso era muy importante".

Fue allí donde confeccionó por primera vez una chaqueta que fue exhibida durante un desfile de modas y poco a poco se convirtió en un conocedor de texturas, colores y calidad de hilos. "Una cosa es una prenda de combate y otra cosa es una prenda fina", explica Álvaro.

De forma similar, Elmer, el ex paramilitar, también decidió hacer su vida en la legalidad al lado de una máquina de coser. Descubrió que tenía habilidad para la confección cuando regresó a la vida civil, pues antes de enlistarse a las filas paramilitares cultivaba hortalizas con su padre.

Como desmovilizado, el primer curso técnico que realizó después de haber terminado la primaria fue sobre inseminación de animales vacunos en el Sena. Pero rápidamente se dio cuenta que en Bogotá no tenía mucho campo de acción con este conocimiento. Luego, realizó uno de vigilancia: "pero no me gustó porque uno viene de por allá del monte de prestar guardia y ¿otra vez?, entonces como que no. Quise cambiar".

Elmer decidió que probaría con las costuras y se inscribió al curso que la ACR y la Corporación Minuto de Dios estaban ofreciendo. Durante los nueve meses que duró la capacitación, este excombatiente aprendió a confeccionar camisas, pantalones, chaquetas y delantales en máquinas planas.

El director de la Corporación Minuto de Dios, Luis Gonzalo Laverde, recuerda que el trabajo con desmovilizados no fue sencillo. "Este proyecto ha tenido dos etapas. La primera, que fue muy difícil, se realizó el 2008. Nos fue muy mal con ellos. Tuvimos varios problemas porque eran desmovilizados colectivos, lo que implicaba que en el grupo venía el antiguo líder con su combo; entonces empezaron a generarse problemas con los instructores o con los supervisores, amenazas", relata Laverde.

Además, Laverde señala que fue un grupo de personas que al principio no aceptaron normas y no quisieron cumplir horarios. "Vienen de una cultura muy diferente", dice.

Pero a Elmer le gustó su experiencia en el Minuto de Dios. De las amenazas a sus profesores dice que nunca se enteró. Así que, sin pensarlo dos veces, se inscribió al siguiente curso de confección. Esta vez, uno de marroquinería y aunque no sabía con exactitud de qué se trataba, quería seguir formándose en el manejo de máquinas de coser porque descubrió que tenía habilidad para ello.

Emilse Salinas, una empresaria de la industria de la marroquinería, recibió a Elmer y a otros 80 desmovilizados en su taller. Este funciona en una casa al occidente de Bogotá.

Ella recuerda a Elmer como una persona tímida y callada. El exparamilitar no tardó mucho en darse cuenta que casi todos sus compañeros en el taller habían pertenecido a las Farc. Al principio sintió miedo, pero luego se dio cuenta de que no tenía por qué preocuparse. Sus antiguos contendores estaban, al igual que él, aprendiendo a unir las piezas para formar una chaqueta, construyendo paso a paso el camino para acceder al mundo laboral.

Y al final del curso, nueve meses después, hasta tenía amistad con algunos de ellos. Un desmovilizado de las Farc, quien también militó en el Caquetá, se convirtió en uno de sus mejores amigos. "Somos amigos. Chévere, él va a mí casa con su novia y todo", dice Elmer.

Una oportunidad laboral

La primera vez que Emilse Salinas vio al grupo de desmovilizados de la guerrilla de las Farc y de grupos paramilitares parados en la puerta de su taller sintió un escalofrío. "No de miedo, sino como de impacto porque es algo con lo que no había tratado nunca", explica.

El taller de marroquinería de Emilse funciona en el primer piso de su casa. En el segundo nivel vive con su hija de seis años. Esa tarde, la empresaria estaba seleccionando entre el grupo de reinsertados a los que les dictaría unas clases de costura para convertir el cuero en chaquetas, bolsos y pantalones. Los jóvenes vestían coloridas chaquetas y esperaban pacientes su turno para hablar con ella.

El impacto de la empresaria fue mayor cuando entró a su oficina Graciela con su robusto cuerpo. "Parecía una guerrera amazónica", asegura Emilse. Esta joven de piel trigueña era la esposa de un excomandante de las Farc. Tenía el cabello recogido en una templada cola de caballo de la que salía una trenza que se prolongaba hasta la mitad de la espalda. Su presencia era imponente. Se sentó en silencio, con los brazos cruzados y sin disimular la mirada examinadora con la que inspeccionaba el lugar.

"Ella movía esos ojos de un lado para otro. Y yo pensaba: no tengo por qué tenerle miedo. Debo acogerla y enseñarle que aquí la vida es de otra manera. Cuando se fue del taller, estaba más relajada y ahora está trabajando en el Minuto de Dios", dice.

La empresa de Emilse Salinas es una de las 400 del país que contrata a desmovilizados con pleno conocimiento de su condición de excombatientes. "Pero hay otras 1.000 o 1.500 que tienen reinsertados trabajando y que no lo saben", asegura Alejandro Eder, director general de la ACR. Esto se debe a que algunos ex combatientes prefieren construir una nueva vida por su cuenta, y ocultan todo lo relacionado con su pasado.

Emilse capacitó en 2009 entre 35 y 40 desmovilizados mediante un convenio entre la ACR y la Organización Mundial para las Migraciones (OIM). Cuando estos jóvenes aprendieron a manejar las máquinas de coser, a cortar piezas para elaborar chaquetas y pantalones en cuero, a diferenciar las texturas, a manejar el material y tener hasta nociones de diseño, quedaron listos para ser contratados.

De ellos, Emilse seleccionó a 12 personas del grupo para que trabajaran en su taller en los primeros meses de 2010, un esfuerzo que recuerda como un desgaste tanto para ella como para su empresa. No era una labor fácil enfrentarse al día a día de la convivencia con los desmovilizados, que bien o mal, traían a cuestas un pasado a veces escabroso.

"Se acuerda de cómo hacía sonar por allá esa motosierra, ¿no?", le dijo un día Graciela a Camilo, otro excombatiente, debido a la brusquedad con la que el joven manipulaba la máquina de coser.

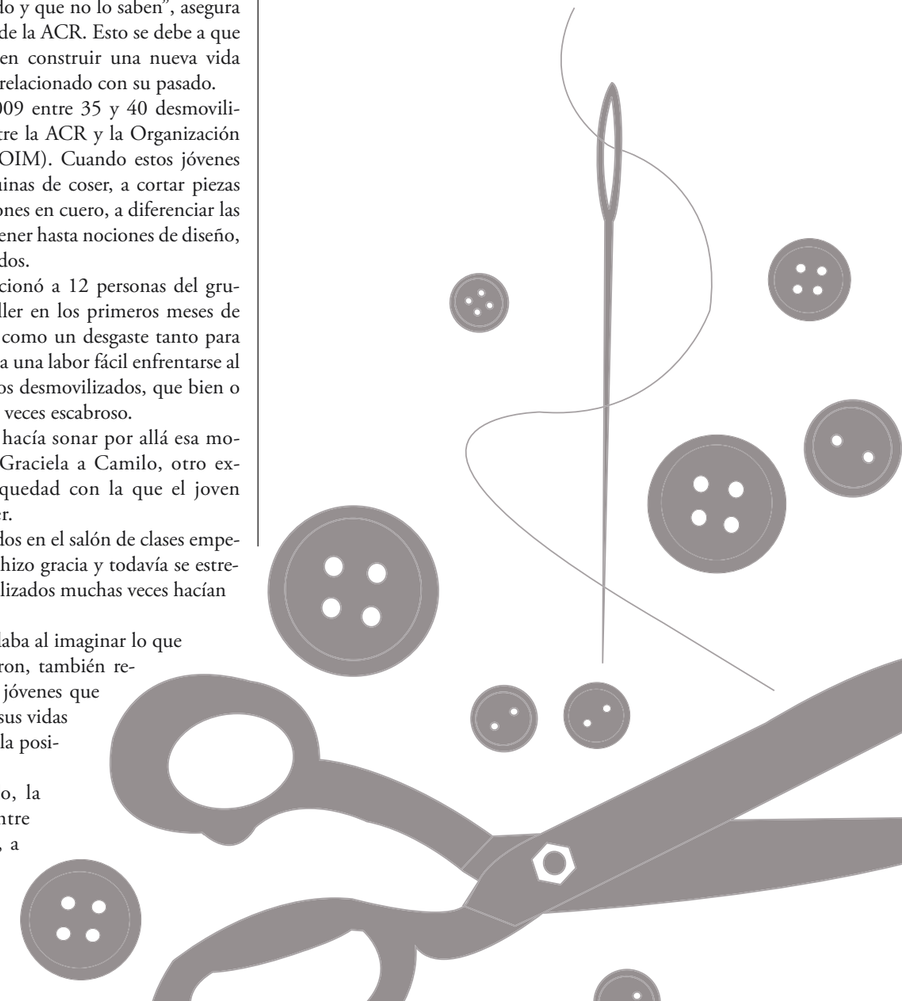
Tras el comentario, todos en el salón de clases empezaron a reír. Pero a Emilse no le hizo gracia y todavía se estremece al recordar que los desmovilizados muchas veces hacían ese tipo de comentarios.

Aunque ella se intimidaba al imaginar lo que sus estudiantes alguna vez hicieron, también reconocía las habilidades de estos jóvenes que decidieron cambiar el rumbo de sus vidas y por eso no dudo en brindarles la posibilidad de trabajar.

En el caso de Camilo, la empresaria no pudo incluirlo entre el grupo que decidió contratar, a pesar de que sobresalía entre sus compañeros por la pulcritud, exactitud y rapidez con la que realizaba sus costuras. A este joven se le dificultaba cumplir con los horarios de trabajo y le costaba comprometerse con la empresa. "Era muy inestable", señala Emilse.

Algo parecido le sucedió con William, otro desmovilizado de las Farc, quien a pesar de su habilidad con las costuras, tuvo que formarse en otro oficio. La razón: una herida de bala en el cráneo le estaba disminuyendo la vista. "Pero era un 'verraco' para trabajar, era buenísimo", asegura la empresaria.

Con los 12 que eligió, Emilse tuvo que hacer un proceso de sensibilización y preparar al resto de personal de la



empresa para la llegada del grupo de desmovilizados al taller, esta vez en condición de trabajadores. “Cuando los vinculé a la planta les di el mismo trato que les doy a los demás empleados”, explica Emilse.

“Ellos llegan acá como prevenidos”, asegura esta empresaria, quien considera que la clave para ganarse la confianza de “estos chicos”, como ella prefiere llamarlos, consiste en tratarlos con respeto y familiaridad. “Eso es lo que a ellos les impacta”, agrega.

De los 80 jóvenes que capacitó, contrató en un periodo de dos años entre 35 y 40 en distintos momentos. Según Emilse, “son chicos muy inestables y en promedio duran en el trabajo entre dos y tres meses”. De ellos, solo Elmer permanece vinculado.

Pero Emilse no se conformó con capacitar y contratar reinsertados. En vista de la demanda de operarios de marroquinería que tiene el gremio, les contó a sus colegas sobre las capacitaciones. Muchos de ellos manifestaron su interés por contratarlos, mientras otros dijeron abiertamente que no permitirían que a sus empresas entraran desmovilizados.

Entre los empresarios que decidieron apoyar el proceso de reintegración se destaca Fabio Salamanca, un colega de Emilse que también trabaja el cuero, pero para la elaboración de zapatos. Él contrata de manera directa a desmovilizados dentro de su taller de calzado ubicado en el barrio El Restrepo, en el sur de Bogotá.

“Todo el mundo tiene una segunda oportunidad y yo creo que si vamos a echar el país para adelante, toca hacer algo especial”, dice Fabio, mientras se reclina en la confortable silla del escritorio de su oficina, ubicada en la segunda planta del taller. Hasta allí llega su esposa, una imponente mujer de cabello rubio que se inquieta con las declaraciones que está dando su marido. Entra, toma asiento, escucha por un momento y segundos después empieza a intervenir:

“Él se fue porque quiso”, asegura la mujer, indignada, al referirse a un desmovilizado que, ocho días atrás, decidió abandonar su empleo porque le negaron un permiso. “Mejor dicho, como no le quisimos dar el permiso, se fue”, aclara el empresario tratando de darle un tono más suave a la situación para evitar la indisposición de su esposa. Ella prefiere no seguir comentando.

A este tipo de situaciones se ven expuestos a diario los empresarios que decidieron dar trabajo a desmovilizados. Fabio y su esposa trabajan juntos en esta empresa de calzado desde hace años. Él es quien gerencia el negocio. Es un hombre que habla pausado y evita los sobresaltos.

Este empresario emplea desmovilizados desde 2009 debido a un convenio que existe entre la ACR, la OIM y la Asociación Nacional del Sector del Calzado el Cuero y Afines (Ansecalz), en el que se capacitan excombatientes en la elaboración de zapatos en cuero.

David, un desmovilizado que trabaja hace año y medio en este taller, espera en el pasillo afuera de la oficina de Fabio. Es el único de un grupo de 12 reinsertados que aún continúa vinculado al taller. David tiene 25 años y 13 de estos militó en las Farc. Fue reclutado por ese grupo ilegal en el oriente de Antioquia cuando tenía nueve años.

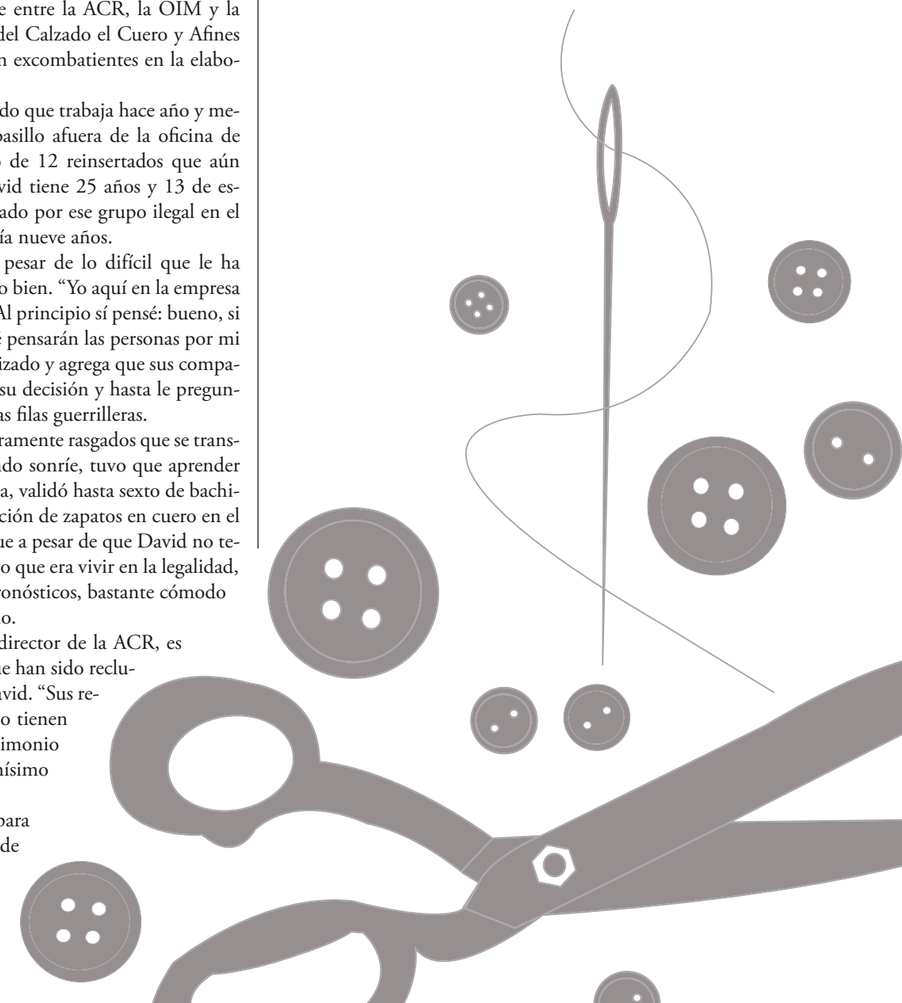
David confiesa que a pesar de lo difícil que le ha resultado vivir en Bogotá le ha ido bien. “Yo aquí en la empresa no he tenido problema de nada. Al principio sí pensé: bueno, si voy a trabajar allá quien sabe qué pensarán las personas por mi condición”, comenta el desmovilizado y agrega que sus compañeros de trabajo lo admiran por su decisión y hasta le preguntan cómo fue su experiencia en las filas guerrilleras.

Este joven, de ojos ligeramente rasgados que se transforman en un par de líneas cuando sonríe, tuvo que aprender a vivir en ‘la civil’. Cursó primaria, validó hasta sexto de bachillerato y se capacitó en la elaboración de zapatos en cuero en el taller-escuela de Ansecalz. Y es que a pesar de que David no tenía una experiencia previa sobre lo que era vivir en la legalidad, se ha sentido, contra todos los pronósticos, bastante cómodo en la ciudad y en el taller de Fabio.

Según Frank Pearl, exdirector de la ACR, es más difícil reintegrar personas que han sido reclutados a muy corta edad, como David. “Sus relaciones familiares son débiles, no tienen redes sociales, no tienen un patrimonio y están psicológicamente muchísimo más afectados”, resalta.

“Es que no es fácil para uno venir a una ciudad grande donde uno no conoce casi nada y adaptarse a las cosas y a las personas. Es un poquito complicado”, explica David, oriundo de San Francisco, un municipio del oriente antioqueño. La capital colombiana fue la primera ciudad que pisó, pues en su departamento únicamente recorrió las zonas rurales.

A pocas cuadras de la empresa de Fabio Salamanca funciona el taller de calzado de Wilfredo Castro, quien ha tenido cuatro desmovilizados en su nómina. Él considera que a este tipo de población se les dificulta ubicarse en la ciudad y movilizarse en transporte público.



"Vienen inocentes. Uno ve a la persona con la actitud que tenían en el campo y acá les toca despertarse, hay inseguridad, hay riesgos. También hay que indicarles qué bus deben tomar y hasta que caminen por los andenes y no por la mitad de la calle", cuenta Wilfredo y añade que son personas que conservan dinámicas del mundo rural y que están acostumbradas a llevar un ritmo de vida más lento.

"Acá uno tiene que vivir pendiente a ver quién lo va a robar porque es muy inseguro", advierte Pedro Gómez, un desmovilizado de las Farc que también se capacita en el taller-escuela de Ansecalz.

Este taller-escuela, que al igual que los talleres de Fabio y Wilfredo, está ubicado en el barrio El Restrepo y suple una necesidad de mano de obra calificada que existe en el sector. Sin embargo, ellos hacen parte del escaso 2% de los empresarios del país y del 18% en Bogotá, que participan en el proceso de reintegración económica, según una encuesta realizada por la OIM y Confecámaras (2010). La gran mayoría de los empresarios, a pesar de necesitar mano de obra, evitan tener desmovilizados en sus talleres.

El director del programa Desarme, Desmovilización y Reinserción (DDR) de la OIM, Camilo Potes, explica que los convenios con pequeños empresarios, como Emilse, Fabio y Wilfredo, hacen parte de las estrategias diseñadas por este organismo internacional para estimular el empleo de desmovilizados.

Según Potes, los pequeños empresarios son quienes vinculan más fácilmente y de manera directa a desmovilizados en sus talleres. La OIM busca incentivarlos subsidiando parte del salario de cada desmovilizado que emplee. El director del programa subraya que este dinero es más significativo para el pequeño que para el gran empresario.

La estrategia que más le ha funcionado a la OIM para que las grandes empresas apoyen el proceso de reinserción consiste en un modelo de tercerización. Esta fue la forma bajo la cual GM Colmotores, una empresa automotriz, se comprometió a comprar los uniformes de sus operarios a un grupo de desmovilizados que hacían parte del proyecto Puntada Joven. Este proyecto es liderado por la Corporación Minuto de Dios y es el mismo en el que, en su momento, se capacitaron Álvaro, el sastre de las Farc y Elmer, el desmovilizado de los grupos paramilitares.

La coordinadora de proyectos sociales y voluntariado de GM Colmotores, Isabel Cristina Mesa, asegura que incluir productos elaborados por desmovilizados dentro de su cadena de valor fue la manera que encontró la compañía para apoyar el proceso de reinserción. Además, esta empresa donó parte de los equipos con los que se capacitaron algunos excombatientes en el proyecto del Minuto de Dios.

La tentación de devolverse

Óscar, un guerrillero que desertó de las Farc en 2006, fue uno de los hombres que hizo parte, junto con Elmer y Álvaro, del grupo que se capacitó en el Minuto de Dios y que confeccionaba uniformes para GM Colmotores. Este curso de confecciones representaba, para él, el último intento de conseguir un ingreso económico en la legalidad antes de volver a empuñar un arma.

La idea de reincidir e irse a militar a otro grupo armado ilegal estaba más que manifiesta. Según él, ya había sido tentado para que trabajara para algunas de las bandas delincuenciales urbanas o bandas criminales emergentes conocidas como 'bacrim', e incluso estaba pensando en irse a militar a otro grupo con incidencia en la zona rural.

En la vida civil, este excombatiente había trabajado como obrero de construcción vial, asistente de redes eléctricas, zapatero y hasta albañil. En una ocasión trabajó enchapando apartamentos en el sur de la ciudad. Óscar asegura que hasta el momento ha tenido la mejor intención de mantenerse en la legalidad, pero se siente desesperado. Ha perdido todos sus trabajos, unas veces porque sus jefes se daban cuenta de que era desmovilizado y lo despedían, otras porque liquidaban la empresa.

Este desmovilizado aún recuerda la última vez que lo despidieron. Trabajaba pintando y enchapando apartamentos en un conjunto residencial en construcción, cerca de la biblioteca El Tintal, en el sur de Bogotá. Un día tuvo un inconveniente con uno de sus compañeros, que lo acusó de haberse robado una pulidora. La confrontación se acaloró a tal punto que requirió la intervención de la Policía. Y fue en ese momento cuando el colega descubrió que Óscar era desmovilizado. Aprovechó esa información y lo comentó con sus jefes. Dos días después lo llamaron para que se presentara ante el administrador.

"Usted trabaja muy bien, pero la verdad, con gente que tenga que ver con el Gobierno y programas de desmovilizados o reinsertados, es mejor no tener relación", le dijo el administrador a Óscar.

"¿Le contaron que yo era desmovilizado?", replicó el excombatiente.

"Sí, nosotros no queremos problemas porque acá hay mucha gente que tiene plata", contestó su jefe.

Según cuenta el desmovilizado, algunos esmeralderos habían comprado apartamentos en esa zona de la ciudad y ese era, en otras palabras, el argumento del administrador para sacarlo. Óscar recibió un millón de pesos de liquidación y su último sueldo. Estaba desempleado por quinta vez.

Nunca alcanzó a completar más de un año consecutivo en ningún empleo y la ayuda económica de 320 mil pesos, que recibía de la ACR como parte de los beneficios del programa, no le alcanzaba para mantener a su esposa embarazada. Debía trabajar y prefirió hacerlo en un lugar donde no tuviera que ocultar su pasado. Fue así como llegó al Minuto de Dios. Pero si las costuras no le permiten sostenerse económicamente, Óscar considera seriamente, según sus propias palabras, "devolverse pa'l rastrojo".

De desmovilizado a empresario

Antes de tomar las armas, Álvaro, el sastre de las Farc, había tenido tres empresas de confección y con las tres quebró. Luego entró a la guerrilla y 10 años después se desmovilizó. Estaba listo nuevamente para trabajar en la vida civil, pero no para tener jefes. Quería volver a lanzarse al ruedo como empresario. Esta vez con una responsabilidad adicional: siete hijos y una esposa para alimentar.

Del Hogar de Paz salió con 27 socios para montar una empresa. Con el tiempo y los tropiezos que conlleva crear y posicionar una compañía, este número se redujo a un dígito. Actualmente son solo tres los excombatientes que aún se mantienen en la empresa que funciona bajo el nombre de Corfepaz.

En una casa esquinera de dos pisos en el sur de Bogotá, funciona de domingo a domingo Corfepaz. Esta microempresa se convirtió poco a poco en un refugio para los desmovilizados, que llegan hasta allí buscando un empleo y sobre todo, un lugar donde no los juzguen.

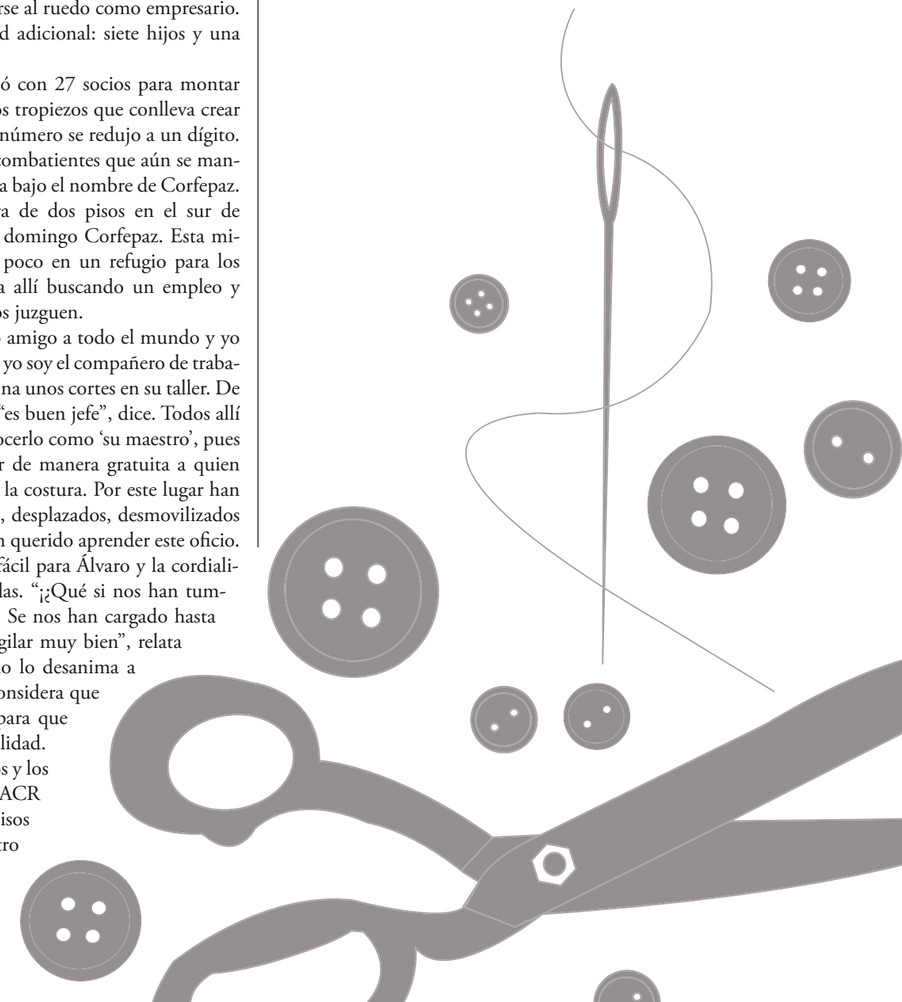
"Aquí se atiende como amigo a todo el mundo y yo aquí no soy más. Yo soy el obrero, yo soy el compañero de trabajo", señala Álvaro, mientras termina unos cortes en su taller. De repente, interrumpe una mujer: "es buen jefe", dice. Todos allí lo admiran y coinciden en reconocerlo como 'su maestro', pues está siempre dispuesto a enseñar de manera gratuita a quien quiera hacer una nueva vida con la costura. Por este lugar han pasado madres cabeza de familia, desplazados, desmovilizados y todos los desempleados que han querido aprender este oficio.

Pero no todo ha sido fácil para Álvaro y la cordialidad a veces se traduce en pérdidas. "¡¿Qué si nos han tumbado?! Claro, nos han tumbado. Se nos han cargado hasta las tijeritas, entonces hay que vigilar muy bien", relata Álvaro y luego añade que eso no lo desanima a seguir enseñando a coser, pues considera que hay que ofrecer oportunidades para que la gente pueda alejarse de la ilegalidad.

Como él, sus tres socios y los empleados que hacen parte de la ACR deben cumplir con los compromisos que les permiten continuar dentro del programa, como el hecho de asistir a cursos de capacitación y a los talleres psicosociales.

"Uno ya sabe que ellos tienen que asistir a clases y también, cada mes o dos veces al mes, deben encontrarse con la tutora. De hecho a mí me toca lo mismo. Entonces aquí uno no les exige tanto con el horario, sino colaboración. Hay gente que recupera tiempo viniendo un domingo", dice el sastre, quien cuenta que su estrategia consiste en acomodar turnos y horarios para evitar retrasos con los pedidos.

Según datos de la ACR, desde marzo de 2007 hasta el mismo mes de 2012 había 3.363 participantes benefi-



ciados con planes de negocio. El fomento a los proyectos productivos y planes de negocios es otra de las estrategias que encontró la Agencia Colombiana para la Reintegración para incentivar el empleo de desmovilizados. Así fue como Álvaro y sus socios pudieron acceder al capital semilla para empezar con "Corfepaz". El monto de esta ayuda económica varía entre dos y cinco millones de pesos, que se otorgan en materia prima o maquinaria.

Para que un desmovilizado, como Álvaro, pueda acceder a los recursos del plan semilla, debe estar en la capacidad de acreditar conocimientos en el área en la que quiere montar su proyecto productivo. Pero cumplir con los compromisos de la ACR y al mismo tiempo mantener un trabajo resulta una tarea complicada para la gran mayoría de los reinsertados, por lo que algunos han optado por ser sus propios jefes y convertirse en emprendedores.

Germán Martínez, excombatiente de las Farc, se capacitó en confecciones, al igual que Álvaro, en la Corporación Minuto de Dios y ahora tiene su propia empresa en el sur de Bogotá. Pero a diferencia del sastre de las Farc, él no contrata desmovilizados.

Germán administra su taller de confección con ayuda de su esposa y asegura que, fuera de ella, nadie más en el barrio sabe que por ocho años militó en las Farc. Durante este tiempo se desempeñó como motorista, es decir, el encargado de reparar motores y conducir las lanchas rápidas por los ríos. "Mis hijos no saben nada eso", confiesa.

Su negocio es pequeño y atiende solo necesidades del sector, por lo que le basta con cinco operarios para cumplir con los pedidos. Según cuenta, una sola vez contrató a un desmovilizado, quien con sus comentarios, arriesgó varias veces el secreto que tan celosamente ha guardado durante años.

"No he dado con una persona que se esté calladita, que no me 'boletié'", dice Germán en un intento por justificarse, pues esos ocho años como guerrillero son su mayor vergüenza. Asegura que cuando su hija de 15 años esté en edad para entenderlo, le contará que alguna vez estuvo en las Farc.

Desde su taller en Usme, Álvaro deja en evidencia su condición de desmovilizado ante empleados, proveedores y clientes. Resalta que por intermedio de la ACR ha accedido a millonarios contratos con empresas como Coca-Cola Femsa, a quienes les ha confeccionado uniformes, chaquetas y maletines.

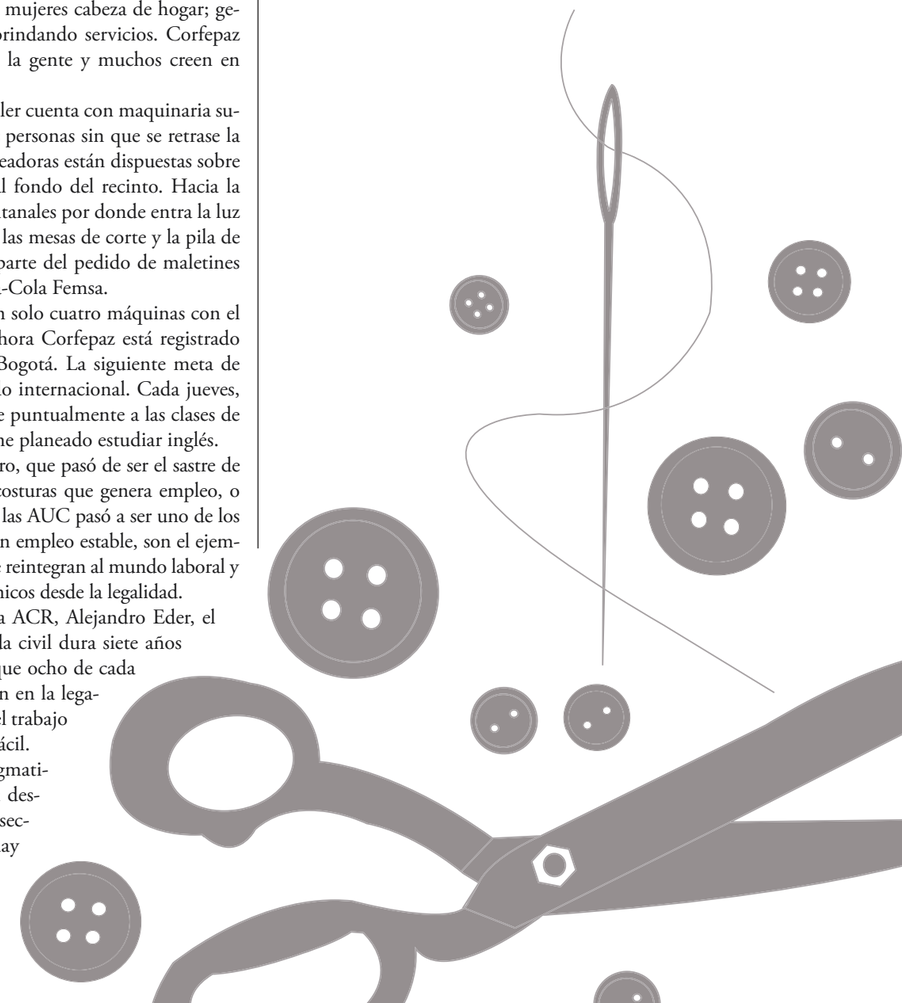
"Corfepaz le ha demostrado a muchas personas que queremos trabajar, que estamos siendo útiles capacitando a desmovilizados, a reinsertados, a mujeres cabeza de hogar; generando empleo, enseñando y brindando servicios. Corfepaz le ha cambiado la mentalidad a la gente y muchos creen en nosotros", señala orgulloso.

En la actualidad, su taller cuenta con maquinaria suficiente para capacitar una o dos personas sin que se retrase la producción. Las máquinas y fileteadoras están dispuestas sobre dos hileras de mesas, ubicadas al fondo del recinto. Hacia la parte del frente y cerca de los ventanales por donde entra la luz por los costados de la casa, están las mesas de corte y la pila de recortes imperfectos que hacen parte del pedido de maletines que se confeccionaron para Coca-Cola Femsa.

Del pequeño taller con solo cuatro máquinas con el que iniciaron ya queda poco. Ahora Corfepaz está registrado en la Cámara de Comercio de Bogotá. La siguiente meta de Álvaro será conquistar el mercado internacional. Cada jueves, de 5:00 a 9:00 de la noche, asiste puntualmente a las clases de sistemas y cuando las finalice tiene planeado estudiar inglés.

Casos como el de Álvaro, que pasó de ser el sastre de las Farc a un empresario de las costuras que genera empleo, o como el Elmer, que de militar en las AUC pasó a ser uno de los pocos desmovilizados que tiene un empleo estable, son el ejemplo de cómo los desmovilizados se reintegran al mundo laboral y solucionan sus problemas económicos desde la legalidad.

Según el director de la ACR, Alejandro Eder, el proceso de reintegración a la vida civil dura siete años en promedio. Además, asegura que ocho de cada diez desmovilizados se mantienen en la legalidad. Sin embargo, asegura que el trabajo con el empresariado no ha sido fácil.

"Hay un nivel de estigmatización muy alto de la población desmovilizada en la sociedad y en el sector privado. A pesar de esto ya hay 7.000 desmovilizados que están trabajando en el sector formal de la economía", expone Eder.

Pero pasos como los que han dado pequeños empresarios como Emilse y Fabio Salamanca, abriendo las puertas de sus negocios a desmovilizados, son logros enormes, sobre todo cuando el Gobierno Nacional podría llegar a un acuerdo de paz con la guerrilla de las Farc. Negociación que de concretarse, implicaría una desmovilización masiva de miles de guerrilleros, en su mayoría, sin habilidades laborales y con la esperanza de conseguir un empleo que les permita mantenerse en la legalidad